



Unamuno: La paradoja se hizo carne

BORJA VIVANCO DÍAZ

DOCTOR EN ECONOMÍA Y LICENCIADO EN SOCIOLOGÍA

Atendiendo al escaso eco que el 75 aniversario de la muerte de Miguel de Unamuno ha cosechado injustamente en nuestro entorno cabe concluir, de nuevo y no sin disgusto, que «nadie es profeta en su tierra». Aún así, el insigne rector de la Universidad de Salamanca continúa elevándose como el vizcaíno más universal y, después de su estimado Ignacio de Loyola, como el vasco más internacional de todos los tiempos. Unamuno representa el arquetipo de intelectual contemporáneo que, cultivando el recurso literario de la 'paradoja' tanto en sus escritos como en su trayectoria vital, se desinhibía hacia el lirismo en, por ejemplo, odas a su tierra natal exclamando que «el mundo entero es un Bilbao más grande».

El 'bilbainismo' como sentimiento identitario y hecho sociocultural, que continúa en nuestros días enorgullecendo a los habitantes de la villa independientemente de las simpatías políticas que cada cual profese, encuentra en Unamuno su más apasionado poeta y su más prestigioso baluarte. Su nostalgia por el Bilbao de su infancia y de su juventud, «mi bochito», es constante e irreplicable y queda reflejada, una y otra vez, en buena parte de su densa obra literaria.

Unamuno nació en su querido Bilbao preindustrial de 1864, un año antes que Sabino Arana lo hiciera. En gran medida ambos representan las dos almas que, pocas décadas después, iban a determinar la historia política del País Vasco. Unamuno, figura señera de la Generación del 98 que cultivó todos los géneros de la literatura, con espíritu liberal y combativo como el Bilbao sitiado en la Tercera Guerra Carlista, sintió descubrir una simbiosis perfecta y sin complejos entre el 'bilbainismo', el sentimiento vasquista, la cultura castellana y la identidad española.

De manera inversa Sabino Arana, ayudado por su hermano Luis, emprendió el viaje romántico y reivindicativo desde el carlismo frustrado hasta la formulación del nacionalismo vasco separatista. En contraposición al Bilbao castellanoparlante, castizo y que tenazmente derrotó al carlismo, conforme al pensamiento de Unamuno, el imaginario político de Arana se concentraba en la aldea euskaldun, integrista y purista, no 'contaminada' ni por la inmigración ni por corrientes políticas foráneas. Sin embargo, tanto Unamuno como Arana no recorrieron un camino ideológico lineal, sino repleto de contradicciones y rectificaciones, más visibles en el primero que en el segundo sobre todo por la prematura muerte del fundador del PNV. Precisamente ambos concu-

rieron, en 1888, al concurso por la cátedra de euskera promovida por la Diputación Provincial de Vizcaya. Ninguno de ellos la consiguió y fue a parar a un jovencísimo clérigo de nombre Resurrección María de Azkue.

Las inquietudes políticas de Unamuno y su obsesión por la evolución de España arrancan de su preocupación existencial, de la crisis religiosa que sufrió o de las dudas metafísicas que le acompañaron y le atormentaron casi toda su vida. A ellas dedicó sus mejores paradojas. «Sufro yo a tu costa, Dios no existente, pues si Tú existieras existiría yo también de veras», dejó escrito en la singular 'Oración del ateo'. Todas sus contradicciones –en el plano político y existencial– conducen a que, casi siempre, la empatía con Unamuno se produzca solo parcialmente, incluso entre quienes nos confesamos 'unamunianos'. La simpatía hacia el personaje cuesta que alcance plenitud, pero quizá por este motivo suscita análogamente una particular fascinación y de la que es imposible deshacerse.

Los últimos meses de la vida de Miguel de Unamuno han sido seguramente los más conocidos de su biografía. Al igual que otros intelectuales de su tiempo, Unamuno mostró un apoyo inicial a la sublevación de julio de 1936, con la ingenua esperanza de que la autoridad militar rápidamente pondría fin al clima prerrevolucionario, de caos y de violencia gratuita que el Gobierno del Frente Popular había propiciado. No obstante, enseguida se percató de que la España por la que los militares insurrectos luchaban no era mejor que

aquella a la que la II República había sucumbido. Se mostró horrorizado por la represión que se reproducía en Salamanca y se sintió incapaz de liberar de la cárcel, y luego del patíbulo, a algunas de las personas con quienes no mucho antes también había compartido ideales políticos.

En este contexto tuvo lugar el conocido incidente durante la inauguración del curso académico en la Universidad de Salamanca, acontecido el 12 de octubre, Día de la Raza. Tuvo que ser lo más parecido a una 'tragedia griega' que la historia de España haya presenciado y, a la vez, el 'canto del cisne' del intelectual libre que la figura de Unamuno siempre había representado. El anciano rector, que presidía el solemne acto, salió en defensa de vascos y catalanes. Lejos de amedrentarse por el general José Millán-Astray, nada menos que fundador de la Legión y que le interrumpió en su réplica, Unamuno calificó la guerra de 'incivil' y le espetó que «venceréis pero no convenceréis». Parece ser que Carmen Polo, esposa de Francisco Franco, tuvo que coger del brazo a Unamuno para que pudiera abandonar la universidad sin ser detenido o tal vez agredido.

Unamuno falleció el día de Nochevieja de 1936 en Salamanca. En 1999, tras un acto político organizado por la izquierda abertzale, su busto fue arrancado de la discreta columna ubicada en la plaza que lleva su nombre en el Casco Viejo de Bilbao. Lo tiraron a la ría y fue descubierto meses más tarde. El Ayuntamiento de Bilbao solo se atrevió a reponer una réplica. Unamuno continúa estando en peligro 75 años después de su muerte.